

CUADERNOS DE PSIQUIATRIA Y PSICOTERAPIA INFANTIL

IN MEMORIAM JULIAN DE AJURIAGUERRA

- R. HENNY: «El fracaso de los mecanismos neuróticos en el niño»
- M. MACIAS ROCHA: «Principios organizadores de la interacción precoz entre la madre y el bebé»
- M. WENGER FRIDMAN: «Consideraciones psicosociológicas sobre los niños inmigrantes y sus padres»
- J. BARO: «Consideraciones sobre una prevención primaria de la violencia»
- F. CABALEIRO: «Situación actual de la especialidad de Psiquiatría de niños y adolescentes en España»
- R. MISES: «Clasificación francesa de los problemas mentales del niño y del adolescente»

* * *

RECENSION BIBLIOGRAFICA

N.º 10 1990

**(Revista de la Sociedad Española de Psiquiatría y
Psicoterapia del Niño y del Adolescente)**

JUNTA DIRECTIVA DE SEYPNA

Presidente:

L. Fernando Cabaleiro (Madrid)

Vicepresidente:

Alberto Lasa (Bilbao)

Secretario:

M^a del Valle Martín (Madrid)

Tesorero:

Jaume Baró (Lérida)

Publicaciones:

Marián Fernández Galindo (Madrid)

Vocales:

Isabel Gómez (La Coruña)

Juan Manzano (Ginebra)

Ricardo Sanz (Valencia)

Cristóbal Serra (Mallorca)

Directora de la publicación:

Marián Fernández Galindo

Comité de Redacción:

L. F. Cabaleiro

L. Martín Cabré

B. Rodríguez Braun

M. L. Alfaya

Suscripciones:

Marián Fernández Galindo

Pirineos, 21

28040 Madrid

CONSIDERACIONES SOBRE UNA PREVENCIÓN PRIMARIA DE LA VIOLENCIA

Por **Jaume Baró Aylón**

Lo que denominamos **violencia** corresponde a una dinámica instintiva, primitiva y universal, estudiada en varias ocasiones por Freud, particularmente en 1914 en «Los instintos y sus destinos», en 1915, «Sinopsis de las neurosis de transferencia» (manuscrito inédito, publicado por primera vez en 1985) y en 1918 en «El hombre de los lobos», consistiendo en **un instinto originario, general y común al hombre y al animal**.

Freud, consagrando lo esencial de sus energías al estudio de la libido, demostraba que ello le era sin duda más cómodo que profundizar en la violencia, ya que son conocidos los límites de su autoanálisis y la violencia personal profunda originada por una novela familiar infantil particularmente agitada.

A pesar de ello nunca dejó de hablar, bajo una forma u otra del instinto natural violento. Pero serán Karl Abraham y, sobre todo, Melanie Klein los que han incidido en este concepto, desafortunadamente confundido a menudo con la agresividad por autores posteriores.

Freud en varios de sus trabajos evocó prudentemente la violencia transferida a la horda primitiva. Se trata de una representación, diluida, proyectada y alejada en el tiempo y en el espacio, lo que la hace más fácilmente disculpable.

Recordemos también que la violencia no debe confundirse con el hipotético instinto de muerte que aparece al final de su

obra constituyendo más bien una noción metafísica que metapsicológica.

Si admitimos con un cierto número de autores (particularmente Bergeret) que la **violencia** corresponde psicodinámicamente a **un instinto primitivo presente en todos los seres humanos** resultaría que una eventual represión o derivación de dicha pulsión tendría las mismas nefastas consecuencias que desde Freud sabemos tienen las actitudes represivas y prohibitivas frente al instinto sexual: originar crisis, conflictos y síntomas.

No obstante, oímos hablar con frecuencia, individual y colectivamente, de la necesidad de dominar la violencia que ya se ha manifestado e incluso de evitar que pueda llegar a manifestarse. En el primer caso se buscaría una prevención secundaria de los efectos negativos de la violencia mientras que en el segundo se intentaría estructurar una prevención primaria.

Parecería, pues, existir una contradicción entre lo señalado más arriba y aquello que estiman necesario la opinión pública, los medios de comunicación y el poder político, siempre sensible a las presiones que se ejercen sobre él. No obstante, si profundizamos un poco, percibiremos que se trata más bien de una paradoja aparente que de una real contradicción, ya que estos puntos de vista, que parecen tan divergentes, no se sitúan al mismo nivel conceptual.

Efectivamente, el psiquiatra considera aquello a lo que llama **violencia** como perteneciente a un orden instintivo, con estatuto biológico al mismo tiempo que psíquico, que debe ser valorado como natural e indispensable, mientras que el público en general se inquieta, con razón, de aquello a lo que llama impropriamente violencia, expresión que aplica a las consecuencias negativas de un impulso instintivo violento que pueden conducir a la persona falta de una integración adecuada de su violencia natural en el seno del conjunto de su personalidad, a entregar-

se a actividades difícilmente admisibles y tolerables en cualquier sociedad constituida bajo las premisas del estado de derecho.

Estas precisiones terminológicas nos parecen indispensables para poder concluir en un primer tiempo que es absolutamente necesario, cuando son evidentes los riesgos de complicaciones de la violencia natural, sea en un individuo o en un grupo de individuos, plantearnos la necesidad de una violencia, pero no la violencia en sí misma ya que la consideramos un instinto natural.

Deduciremos también que es fundamental el plantear una prevención primaria y secundaria de la agresividad ya que ella no constituye un instinto profundo natural sino que nos hallamos ante la amenaza de una alianza tardía y secundarizada de elementos instintivos articulados entre ellos de una manera contraria a la lógica deseable: se trata en ese caso de una alianza contra natura de la pulsión libidinal, al servicio de la violencia primitiva, con un objetivo del instinto violento primitivo que está dedicado en su origen a una función exclusivamente defensiva: la supervivencia.

Algunas afirmarán que ya existe una prevención primaria de la violencia refiriéndose a determinados esfuerzos de información realizados por algunas asociaciones o por algunas instancias políticas. Otros se referirán a la ayuda más directa dirigida a médicos, jueces o policías a través de las campañas llamadas de prevención. Creemos encontrarnos ante la misma situación archiconocida frente a la pretendida e inútil «prevención primaria de las toxicomanías» fuente a menudo de un impresionante despilfarro de palabras y de dinero.

* * *

Para situar claramente el campo y los medios de acción necesarios para una auténtica prevención primaria de los efectos negativos de la violencia mal utilizada intentaremos comprender por qué las iniciativas emprendidas hasta ahora nos parecen inútiles, repasando rápidamente las que consideramos principales causas de su fracaso, a pesar de estar motivadas por una evidente buena voluntad.

1. Contrariamente a la prevención terciaria, que se ocupa de la rehabilitación de las personas liberadas de la enfermedad que han padecido, y contrariamente también a la prevención secundaria, que se dirige a las personas que ya son víctimas del proceso patológico, la prevención auténticamente primaria se ocupa de las personas que todavía no han presentado síntomas estructurados y a las que se trata de proteger de un peligro cuya eventualidad parece probable, desde el momento que se identifica en esos sujetos, o en su entorno inmediato, un cierto número de factores de riesgo conocido por su nocividad.

Con respecto a las consecuencias negativas de la violencia, no se actúa a menudo más que a partir del momento en que se ha observado un fracaso ya consumado en la integración del instinto violento en el conjunto de la personalidad del sujeto, apareciendo actitudes difícilmente tolerables. Se falsifica la idea de prevención primaria limitando los esfuerzos a un registro que es el de la prevención secundaria, es decir, el tratamiento de las consecuencias de una alteración que ya se ha producido. Sabemos que una prevención realmente primaria de las consecuencias negativas de la violencia natural no puede ser útil más que sobre sujetos que todavía no han llegado al nivel del fracaso integrativo de la elaboración de sus dinámicas imaginarias violentas.

2. Las causas habituales de un fallo en la integración de la violencia natural no están en relación con la naturaleza en sí misma de la violencia, que no es por ser ni buena ni mala, sino con las condiciones afectivas personales y del entorno que per-

mitirán o no los procesos de integración de la violencia. Se trata, en lo que respecta a la afectividad del sujeto y a sus relaciones con su entorno, de carencias narcisistas graves, de déficits identificadorios serios y de limitaciones importantes de la capacidad de imaginación. Dicho de otra manera, las causas de la eventual perversión de la violencia natural en manifestaciones agresivas son exactamente las mismas que las que conducen a muchos otros desórdenes constatados habitualmente en el momento de la adolescencia y de la post-adolescencia: drogodependencia, alcoholismo, tabaquismo, alteraciones graves de las conductas alimentarias, delincuencias y sobre todo conductas suicidas variadas, directas o indirectas que implican, a menudo, la articulación con las otras conductas de autoagresión que acabamos de citar. No podemos considerar, pues, que exista una prevención primaria auténtica y específica de las consecuencias de la violencia, de la misma manera que no creemos que exista una prevención primaria auténtica y específica de las toxicomanías, del alcoholismo, de las alteraciones de la alimentación, de la delincuencia o del suicidio. Una prevención que quisiera ser específica de tal o cual dificultad considerada de una manera aislada se centrará en los síntomas, es decir, en la dificultades que ya han aparecido. Tal prevención se orientaría al «cómo» expresado por esos síntomas y no al «por qué» que permitiría remontarse al período que precedería a la aparición de las dificultades que se trata de prevenir, en un momento en que esa prevención es todavía practicable y susceptible de aportar resultados válidos. Consideramos, pues, que una prevención primaria auténtica y eficiente no puede concebirse más que en un sentido global y muy precoz.

3. Cuando hablamos de prevención nos referimos habitualmente a sujetos, o a grupos de sujetos, abordados en el momento de la adolescencia o de la postadolescencia, lo que parece ya demasiado tardío, por lo menos si se trata de articular una prevención auténticamente primaria.

* * *

Este balance negativo nos parece indispensable para intentar despejar el terreno de nuestros errores y de nuestras ilusiones. Ello nos permitirá ahora afrontar la prevención primaria de una manera positiva evocando algunos principios que nos parecen fundamentales:

Primero: Una prevención primaria de las consecuencias negativas de la violencia natural, así como de muchas otras manifestaciones patológicas, debe dirigirse, en primer lugar, a los niños, antes de ser útilmente continuada durante período de latencia y la adolescencia.

Segundo: Una prevención primaria de este tipo debe ser global, no debiendo centrarse en ningún síntoma particular sino preparando al niño, en camino de organizar su personalidad, o gozar de un clima favorable al desarrollo de un feliz estado de salud físico, afectivo y de relación, que sea algo más que únicamente la ausencia de síntomas, configurando el estado positivo de bienestar al que según la definición de la OMS cada ser humano debería tener derecho.

Tercero: La prevención primaria a este nivel debería corresponder al modelo de prevención global e integrada bajo la forma desarrollada por programas del tipo de la «Educación para la Salud», preconizados por los expertos europeos. Este sistema global e integrado de educación comporta esencialmente la articulación conjunta de los dos ámbitos primordiales que constituyen el entorno natural del joven (el familiar y el educativo) con otros (médicos, sociales, económicos, culturales y políticos) que no hay que minusvalorar.

Cuarto: Una prevención primaria de este tipo no necesita ni la creación de organismos específicos o suplementarios ni la formación de nuevos especialistas ni la elaboración de nuevos temas a añadir a los que son habitualmente enseñados hasta ahora. Es ante todo a través del entorno natural del niño, primero, y del adolescente, después (ambientes escolares, familiares

y educativos), mediante los actores naturales en contacto con el niño y el adolescente, gracias a la enseñanza escolar habitual y su utilización cotidiana, por donde debe transmitirse la educación para la salud a partir de la concepción y ejecución de programas de acción preventiva global e integrada.

Quinto: Una tal educación, con objetivos primarios preventivos, no puede concebirse sin un diálogo y una interacción permanente entre los actores principales (los niños), sus padres y los maestros y educadores concernidos. Si uno de los tres factores citados falla y sobre todo si entra en conflicto importante y duradero con los otros, es inútil esperar cualquier resultado positivo de la acción preventiva deseada.

Sexta: Esta cohesión permanente en la acción y la interacción debe ser preparada, mantenida y evaluada concertadamente. Ello supone una reflexión y una formación permanente orientada tanto hacia los padres como hacia los maestros y educadores. Este proceso necesita la toma de conciencia de las reacciones defensivas o posesivas de cada uno en la elaboración y realización de programas establecidos en común y adaptados a las necesidades reales de cada lugar y de cada momento, así como a la evaluación permanente de las interacciones observadas en el transcurso del desarrollo de esos programas. Los resultados no serán valorados más que a medio y a largo plazo.

Si tantas personas bien formadas y llenas de buena voluntad dudan en comprometerse en la vía que acabamos de señalar y, sobre todo, si ofrecen resistencia a reconocer lo bien fundado de los principios que cada día son más evidentes, es sin duda, porque articulan una defensa desculpabilizadora al pretender confiar un proyecto de prevención que consideran tendría que ser específico, a otros (los especialistas) que se encargarían en nuestro lugar de esa responsabilidad que nos incumbe globalmente.

Una prevención primaria pertinente que tenga como objetivo la buena salud de los jóvenes en materia de violencia, además de en otros muchos conceptos, pasa, pues, obligatoriamente por una buena salud en los entornos naturales de esos jóvenes, es decir, en los adultos que las rodean y que constituyen sus referencias identificatorias esenciales.

Corresponde pues a los adultos solventar en primer lugar en ellos mismos sus relaciones con su propia violencia, evitando reprimirla, disimularla o avergonzarse de ella, intentando, al contrario, utilizarla de la mejor manera posible en una relación positiva con los otros y particularmente con los jóvenes.

Es indispensable, ante todo, no confundir ni en sí mismo, ni en los jóvenes de los que tienen que ocuparse, la violencia con la agresividad.

Una tal disposición nos parece un excelente punto de partida para intentar llevar a cabo la prevención primaria de las consecuencias negativas de la violencia.